



ENCUENTRO 1C

SER CRISTIANO: VOCACIÓN AL COMPROMISO

Relatora¹

AINHOA URIBE OTALORA

Profesora Titular de Ciencias Políticas
Universidad CEU San Pablo

Romper ese tono serio habitual de las mesas redondas y hacerlo un poquito más fresco, entre otras cosas, porque es la primera vez que me encuentro una mesa redonda en la que no sé muy bien cómo presentar a los ponentes. Como mujer académica que vive en la universidad, siempre me encuentro con una mesa redonda en la cual me dan la biografía del ponente, leo sus obras, sus libros, sus publicaciones, todas estas cosas, y hasta ahí podíamos llegar. Pero es que aquí, además de tener dos personas muy formadas en Teología, en el caso de José Ángel Martínez de Bujanda, y en Ciencias y Ecología en el caso de Tiscar Espigares, me encuentro con dos personas excepcionales. Y son excepcionales porque dedican parte de su tiempo a los demás. José Ángel Martínez de Bujanda es párroco en la cárcel de Álava, con lo cual él intenta acercar la palabra de Dios y el consuelo a las personas que están en

¹ Transcrito por audición.

una situación de reclusión, que es una situación muy complicada. Y Tiscar es la máxima responsable de la Comunidad de Santo Egidio en Madrid, de modo que, cada uno, dentro de su ámbito, realiza una labor muy importante.

José Ángel, además, nos va a contar hoy algo muy especial que a mí me marcó mucho, y es el hecho de que los presos de la cárcel de Álava tienen la oportunidad de hacer el Camino de Santiago y es un proceso no sé si de redención, no sé si espiritual, no sé si de encontrar la paz, no sé si de hacer más amigos, no sé, de rehabilitación... Él nos lo va a ir contando; es un proceso especial y particular. Y en el caso de Tiscar, ella colabora con una organización laica, que es la Comunidad de Santo Egidio, que va más allá, digamos, del mero existencialismo. Tiene una dimensión internacional. Tengo que confesar que no sabía nada de la Comunidad de Santo Egidio hasta que, estudiando en la Universidad Deusto, tuve que hacer un trabajo sobre África y allí me encontré francamente noqueada cuando descubrí que la Comunidad de Santo Egidio había terminado, había conseguido terminar, con una guerra civil que estaba lastrando Mozambique durante más de treinta años sentando a las partes implicadas, tanto al ejército como a la guerrilla, el Frelimo y la Renamo, en un proceso de paz que culminó con los Acuerdos de Roma en el año 92. Italia se volcó mucho en este proceso y tuve la sensación de que los cristianos podíamos hacer mucho más allá de lo que estamos acostumbrados en el ámbito de nuestras parroquias o nuestras zonas de confort o la existencia meramente social. Y en este caso había una dimensión internacional de paz y realmente había una vocación de servicio público que iba mucho más allá.

Con lo cual, como estamos de confesiones y dicen mis hijos que hoy es el cumpleaños de San Agustín, yo estoy aquí haciendo las confesiones de San Agustín, confieso que sigo en mi zona de confort. Estoy impresionada ante estas dos personas que me acompañan, porque yo, lo más que hago, es hacer una transferencia mensual a dos organizaciones con las que colaboro y con esto me quedo satisfecha cuando veo mi cuenta bancaria a final de mes. Así que no tengo nada más que decir y lo que voy a hacer es ir pasando la pelota de un ponente a otro para que me vayan contando un poco su experiencia.

Me interesa mucho saber, José Ángel, cuál es la labor de un capellán en la cárcel, en qué medida se acerca la gente o no, en qué medida se producen conversiones y cuál es un poco esta experiencia del Camino de Santiago: cómo surge, cómo se lleva y qué se lleva uno de esto.



Ponente¹

P. JOSÉ ÁNGEL MARTÍNEZ DE BUJANDA

Capellán de la cárcel de Álava. Promotor de la iniciativa
“Presos en el Camino de Santiago”

Buenas tardes a todos.

Por mucho que penséis que lo de la cárcel es algo tan complicado, la verdad es que es bastante más agradable. Para mí sería mucho más complicado educar a dos hijos que estar en la cárcel, pero bueno. A fin de cuentas, yo voy a la cárcel, entro cuando quiero, salgo cuando me da la gana y adiós muy buenas, ¿no? El capellán la verdad es que puede hacer bastante poco; es la Iglesia la que entra a la cárcel; la Iglesia a través de pastoral penitenciaria con un cura o dos o tres, depende de las cárceles que haya en cada diócesis, puede hacer algo y la Iglesia con cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta voluntarios que entran, puede hacer mucho. Y la Iglesia acogiendo a los presos y atendiendo a los presos en su diócesis, en las distintas parroquias de una o de otra manera, puede hacer todavía más. Entonces, claro, yo creo que la labor del cura es uno; ya digo, aquí en Madrid habrá ocho, diez o doce capellanes que tienen cinco cárceles o siete. Allí sólo tenemos una, la tenemos nuevita, un poco infrahabitada y con un capellán parece que la cosa se surte. No es porque valga yo, sino por todas las otras circunstancias.

¿Qué hace allí? El capellán está a tiempo pleno, entra a la cárcel. Cada cárcel es un mundo, yo os puedo explicar lo que es la cárcel de Zaballa, de Álava, y diréis: “Todas las cárceles son así”. No. Cada cárcel es un mundo completamente distinto, cada cárcel depende de un director y ese director es el rey de taifas que hace lo que se le pone. Y una vez que hace lo que se le pone al rey de taifas, todos los funcionarios hacen lo que les parece también. Entonces, depende de quién sea el director en una cárcel o en otra, podremos tener o no podremos tener. Un ejemplo: yo paso tranquilamente con veinte bolsas o el día de la merienda paso con un carro lleno de comida y ningún funcionario se atreve a decirme nada. En Pamplona, va el capellán y el capellán tiene que pasar por el arco para ver si pita y a ver si mete algo. Son dos cosas completamente distintas y bien cercanas.

¹ Transcrito por audición.

A partir de ahí, el capellán, aparte de la misa dominical que celebramos, lo que puede hacer es estar cercano a una situación (lo has definido tú, lo has dicho) muy extraña; cuando a una persona se le condena a la cárcel es porque se le quiere quitar lo mejor, porque si no le quitaríamos el piso, le quitaríamos el dinero, le quitaríamos el coche... No, no, no, le quitamos la libertad. Pero no es que la cárcel te quite la libertad, sino que la cárcel te quita todo, porque a mí me meten a mi casa, me cierran la puerta con mi familia, con mi marido, con mi mujer, con mis hijos, con la posibilidad de hablar por teléfono, con la posibilidad de que vengan a visitarme, con la posibilidad de tener yo ahí una salud... No, no, la cárcel te quita todo. O sea, no te quita la libertad, no es que no te dejen salir, es que te quitan a la mujer, te quitan a los hijos, te quitan la familia, te quitan la salud, te quita, te quita, te quita, te quita... A partir de ahí, cuando ya no tienes nada, con que haya una persona que se ofrezca a hacerte algo: "Por favor, ponme la pila del reloj". Una pila del reloj puede costar un mes en la cárcel. "Ponme la pila del reloj". Que tú le pongas la pila del reloj y que, al día siguiente, a los dos días, le devuelvas el reloj funcionando, es la salvación. Entonces, creo que eso, con todo lo demás, con todo lo que hacen los voluntarios de reuniones, de vises, de charlas, de algún grupo que tenemos un poco especial de catequesis y demás, es un poco lo que hace la Iglesia dentro de la cárcel.

Otra cosa es después ya lo que hacemos fuera o lo que intentamos hacer incluso con los presos, pero haciéndolo fuera. Una de esas actividades es el Camino de Santiago, que parece que es la guinda de un pastel que no es lo mejor del pastel, pero es la guinda, es lo que más se ve o es lo que parece que todo el mundo quiere, pero la realidad es que la labor que se hace es mucho mayor dentro y mucho mayor fuera de lo que es el Camino de Santiago. Pero bueno, el Camino de Santiago parece que es un poquito lo que prima ahí.

Ainhoa Uribe Otalora - Muy interesante.

Y ¿qué es lo que más te ha llenado en todo este periodo como capellán de la cárcel de Álava? ¿Hay alguna experiencia personal, alguna anécdota particular que realmente te haya marcado mucho o ha habido momentos de crispación, momentos de desolación, de decir "¿Yo qué hago aquí? Vuelvo a mi parroquia"?

José Ángel Martínez de Bujanda - Bueno, eso cada vez que me encuentro con algún funcionario.

[Risas]

A veces dices: "¿qué porras hacemos aquí?". Vamos a ver, eso que se suele decir de que predicar en el desierto es sermón perdido, pues ya está: puedes decir lo que te dé la gana, nadie se lo cree. Entonces, tú les dices: "No,

es que el capellán de la cárcel es un puesto muy duro". Mentira. "El capellán de la cárcel es una labor impresionante". Pues no sé hasta qué punto. "El capellán de la cárcel es...". Que no. Yo veo mucho más difícil, te lo he dicho, tu situación o veo mucho más difícil que yo vaya a una parroquia, esté en una parroquia y me venga una pareja que quiere casarse y le dices: "Bueno, hablamos un poquito". "¿Por qué? ¿No vengo a casarme? ¿Qué más quieres?".

[Risas]

Y después, claro, después viene a bautizar al niño. "Oye, es que tenéis que venir a dos reuniones". "¿A dos reuniones? ¿Para bautizar al niño? ¿Pero este tío qué quiere?". Ya no te digo nada por un cursillo de novios, bueno, eso es la leche. Y después, ya llegamos al término de la vida, como dice el otro, y dices: "Los curas están un poco hasta aquí". ¿Cuántos funerales tienes esta semana? Cinco, seis, siete... Hala, todo funerales, funerales, funerales, funerales... Hombre, yo no tengo nada de eso, con lo cual, por otra parte, la situación de la cárcel es complicada, pero el hecho de decir "el cura en la cárcel", es que es el padre y es que es "padre por aquí, padre por allá". Es el único que te va a hacer un favor (si puede). Es el único que no te va a meter un parte aunque le hagas la mayor faena. Entonces, a partir de ahí, la labor del cura... Para mí, el mayor descubrimiento es estar allí y estar a gusto. Te reciben. ¿Conversiones? Pues yo creo que ninguna, por lo menos por mi parte. Sí que hay alguno que lo dice bien claro: "A mí, entrar a la cárcel me ha ayudado a reencontrarme con la fe". O sea, es parar y decir: "Jo, con la vida que yo llevaba, Xavi, estaría muerto y gracias a la cárcel vivo. Yo, con la vida que llevaba, la fe la había dejado apartadísima y he recuperado la fe". Y, no te lo podrás creer, pero echo en falta las misas de la cárcel. Cuando me voy de fin de semana y cuando no estoy ahí, bueno, pues vale. Creo que no es labor del cura, creo que es un poco todo. La situación ya digo que no es la mejor del mundo; es una situación tan especial, tan especial, tan especial que creo que todo lo que se vive dentro, casi casi se tendría que olvidar rápidamente cuando se sale fuera y empezar otra historia; la historia real de la vida, libertad y demás.

AUO - Y al hilo de lo que estás comentando, a mí me venía a la cabeza que, en una ocasión, escuchando a Javier Rojas Marcos, que es un afamado psiquiatra que trabaja en Nueva York, él había trabajado en las cárceles un perfil psicológico, psiquiátrico de los presos y decía que, en todos los casos, percibía un problema desde el punto de vista de la infancia, la familia, que eran personas con una familia desarraigada y que, a raíz de ahí, habían entrado en un agujero negro, en un bucle. ¿Tú has tenido también la sensación de que la familia, cuidando el entorno familiar, velando por que los niños tengan un entorno no sé si voy a decir cristiano o, por lo menos, un entorno

en el que se les cuida, si quizá, por ejemplo, no terminarían muchas de estas personas en la cárcel?

JAMB - Pues puede ser.

Vamos a ver, yo creo que muchas veces se habla de reinserción. No, no, lo primero es insertar. Hay personas que han estado siempre fuera, siempre al margen, por la familia y por todo, al margen de la sociedad, al margen de las normas. Entonces, a partir de ahí, no. Habrá que insertarles, no reinserterles, porque nunca lo han estado. Que quieran o no es otra historia, pero yo creo que también tenemos que reconocer (y lo dijo alguien importante aquí en Madrid) que tenemos un código penal que mete a la cárcel a los “robagallinas”, pero no mete a la cárcel a los que roban millones; a los de guante blanco, nadie los mete a la cárcel; siempre tienen todos sus artilugios y tienen todo.

Juan Pablo II lo dijo bien claro: “La cárcel hace muchísimo más daño que todos los males que hayan hecho los que están dentro”. Eso lo sabemos. La cárcel es un fracaso, eso lo sabemos, pero ahí las tenemos, y cada día más. Entonces, creo que ayuda una familia completamente normalizada: marido, mujer, pero que está enseñando a sus hijos que robar es bueno, pues eso no te va a privar. Y una familia normalizada que está oyendo y está viendo que su padre es tal y es cual y está haciendo esto y está haciendo esto y está haciendo esto... Lo que pasa es que los delitos... Claro, a nosotros nos da mucho miedo que venga (y no soy racista, tengo muchos amigos gitanos y tengo muchos amigos negros) un gitano con sus melenas (pero es que es su forma de ser, su pelo es importantísimo para un gitano) y su barba y te vaya a quitar treinta euros. Pero claro, cuando vas a la oficina del banco y te dicen que tienen un producto, pues dices: “No sé, enseñeme el escaparate, porque yo aquí no veo ningún producto”. Después resulta que eso causa muchísimo más daño muchísimas veces y a muchísima más gente, pero todos le tenemos más miedo a ese que va con una navaja y te va a quitar treinta euros o te va a quitar el móvil que a ese otro. Porque ese otro, además, está bien en la sociedad e iremos a cenar con él, a pesar de que nos ha hecho esa faena. Yo no sé qué ha pasado, pero resulta que esos ahorros que había ahí, había, o ese piso que te dijeron que valía tres, ahora vale uno y dices: “No sé dónde se ha quedado”.

AUO - Y ¿qué hay de la guinda del pastel, del Camino de Santiago? De hecho, le recuerdo al público (que no lo he mencionado) que si alguno quiere hacer una pregunta, tiene unas hojitas en las que pueden anotarlo. No le veo muy satisfecho con la guinda del pastel. Cuénteme.

JAMB - No, sí, sí, estoy encantado con la guinda del pastel.

Sacamos a unos 200 presos durante todo el año; salidas puntuales, de una excursión de un día. Salen doce internos, doce presos o presas internas

y hacemos una excursión, salimos, almorzamos, paseamos, comemos y volvemos dentro. Eso es un movimiento mucho mayor y, claro, es que si tú le propones a alguien que le vas a sacar seis días, sin volver por la noche a la cárcel y para ellos mismos es muchísimo mejor, lo aprecian muchísimo más.

Nosotros (yo todavía no era capellán, estaba entrando como voluntario) en el 2002, a un psicólogo y al subdirector de tratamientos se le ocurrió que iban a hacer el Camino de Santiago. El capellán que estaba en la cárcel, viendo un poco el panorama, me dice: “¿Quieres ir a enseñarles un poquito lo que es el camino?”. Y la verdad es que no tenían ni idea. “Nos levantaremos a las 8,30h...”. Digo: “No, no, a las 8h todo el mundo fuera de los albergues, que esto no es un hotel”. “Bueno, pues después de cenar haremos unas veladas”. Digo: “Que no. A las 22h silencio”. O sea, no tenían ni idea de lo que era el camino, de cómo funcionaban los albergues ni nada. A partir de ahí, me invitaron a ir, estuve con ellos y, claro, el camino es una semana, son seis días, que es el permiso máximo que se le puede conceder a una persona presa. Entonces, nosotros empezamos a hacer ese Camino de Santiago por Navarra y La Rioja, porque era como una media luna cerca del centro penitenciario, por si acaso pasaba algo, para coger y volver rápidamente al centro penitenciario.

Después, todo eso ha ido evolucionando y llevamos ya treinta semanas realizando el Camino de Santiago. La verdad es que a las personas que hacen el Camino de Santiago, primero, cuesta mucho hacerles caer en la cuenta de qué es eso; algunos no lo han oído nunca, ya no te digo nada si son extranjeros y si son musulmanes ya, la leche. Cuando viene uno, le dices: “Oye, mira, a este señor se le llama Matamoros. Ten cuidado”.

[Risas]

“Ten cuidado, pero no te pongas nervioso, que no va a pasar nada”. Quiero decir, que ha ido evolucionando y ya, por fin, decidimos lanzarnos a hacer el camino hasta Santiago. El camino hasta Santiago son seis días. “¿Cómo lo hacéis?”. Bueno, tenemos la posibilidad de hacer los cien últimos kilómetros, pero decidimos ir avanzando y pasar un poquito por las distintas geografías; pasar por Burgos, pasar por León y llegar a Galicia y llegar a Santiago que, verdaderamente, es lo que le da un poco sentido a todo esto, al camino.

A partir de ahí, llevamos ya varios años haciendo ese camino con los vehículos: andamos cien kilómetros, o los que hagan falta, llegamos a un albergue, paramos en el albergue, nunca hemos tenido ninguna queja del albergue. Nunca. Nunca hemos tenido ninguna queja de los peregrinos; yo creo que no hemos tenido nunca ningún problema ni ninguna queja por parte de nadie, pero sí que nos parece oportuno (por eso que os he dicho que, muchas

veces, del camino no tienen ni idea) desaparecer. Entonces, para que no se nos junte mucho y se vaya corriendo la voz de que estos todos son presos, que se les nota a la primera, la verdad es que al día siguiente marchamos, adelantamos cien kilómetros y ya nadie sabe nada. Se les nota a la primera no por las pintas, pero si veis a 16 tíos, sólo tíos, o si veis a doce tías, sólo tías, cuando resulta que una excursión de jubilados van unos y van otros, van críos, chicos y chicas, van jóvenes, chicos y chicas y, de repente, pum, 16 tíos todos. Y ya no digo nada cuando empiezan a hablar, que la boca se les va: "Porque el otro día en la celda...". Adiós, estamos bien, estamos bien.

[Risas]

Bueno, pues vamos desapareciendo.

Otra de las cosas que hicimos en la cárcel de Zaballa es que es una cárcel de hombres donde hay alguna mujer. Son 60 mujeres contra 600 hombres. Entonces, también quisimos (fue otra de las cosas) meter a las mujeres en el Camino de Santiago, pero mujeres por allí y hombre por aquí. La misa es mujeres por aquí y hombres por aquí, o sea, no penséis que tienen ninguna vergüenza; igual pasamos alguna vergüenza de mirar, pero ellos...

Entonces, empezamos a hacer el camino por Álava, un poco pensando que sería un poco complicado que todos los días deshiciesen una mochila y la hiciesen. Entonces, aparcamos en un albergue (no era del camino, pero bueno, Álava es pequeñita) y desde ese albergue nos movíamos. Íbamos y volvíamos, íbamos y volvíamos haciendo las cuatro etapas del Camino de Santiago. Bueno, si el Camino Francés, si no llegas a Santiago, no se entiende mucho, el Camino de Álava es que no se entiende nada, y ya por fin hemos llegado a la conclusión, y llevamos varios años haciendo el Camino de Santiago hasta Santiago. El mismo que hacen los hombres lo hacen también las mujeres.

AUO - Muy bien. Vamos a pasar a Tiscar. Ella descubrió un poco su vocación en la etapa universitaria y a mí me gustaría que nos contaras cómo decides sumarte a la Comunidad San Egidio y qué tipo de actividades realizáis aquí en Madrid o, bueno, a nivel internacional.



Ponente¹

TISCAR ESPIGARES PINILLA

Presidenta de la Comunidad San Egidio en Madrid

Yo conocía la Comunidad San Egidio cuando era estudiante de Biología en un viaje que hice un verano y, para mí, fue encontrarme con un evangelio concreto, sencillo, simple pero serio, auténtico y aquello me cautivó y entonces, a la vuelta de aquel viaje, decidí con mis amigos empezar.

La Comunidad San Egidio es una comunidad de laicos. Empezó en Roma en el año 68 y podríamos decir que es una familia de comunidades en el mundo; somos personas que tenemos nuestra vida normal: nuestro trabajo, nuestra familia, nuestras hipotecas, en fin, las cosas de todo el mundo, pero queremos que la vida se oriente de una manera muy especial el evangelio. El Papa Francisco, visitándonos el año pasado en Roma, utilizó tres palabras para describir lo que sería la comunidad. Dijo: “Pobres, paz y oración”. Y es verdad que, en esas tres palabras, un poco te encuentras lo que es la comunidad.

Pobres, o sea, para nosotros, la amistad con los pobres es fundamental. Allá donde hay una Comunidad San Egidio, sea Madrid, Barcelona, Roma, Indonesia, Buenos Aires o cualquier ciudad del mundo, hay una familia de personas que, de alguna manera, quieren mirar el mundo desde abajo y ver el mundo desde abajo. Ver el mundo desde los pobres, desde la amistad con los pobres, te permite ver cosas que, muchas veces, en el itinerario normal no ves. Es cambiar el mundo de la mano del evangelio y eso significa cambiar el mundo desde las periferias, desde los últimos, desde los más pobres.

La oración es la primera obra de la comunidad; todo lo que hacemos nace de escuchar la palabra de Dios, que toca el corazón y lo agranda. No es un momento solamente. Yo siempre digo que la oración no es lo que hay que hacer cuando ya no puedes hacer nada, es como el último recurso: “No me llegan las manos, pues pongámoslo en manos de Dios”. La oración es lo primero, porque es lo que siempre se puede hacer, y luego, permite que las manos salgan más generosas y, seguramente, lleguen más lejos. Aparte de que con la oración llegas también allí donde las manos no llegan.

¹ Transcrito por audición.

Y luego paz. La paz (antes has recordado) es la experiencia de la comunidad en el caso del conflicto armado de Mozambique, que se independiza en el año 75 y la comunidad consiguió reunir alrededor de una mesa a las partes enfrentadas. La guerra es la fábrica de pobres número 1 en el mundo; luego, hay un hilo conductor muy claro, muy neto entre el servicio a los pobres en un barrio como pueda ser en Madrid, por ejemplo, el barrio de Pan Bendito, no sé si alguno de vosotros conoce, que está por la zona sur de Madrid. Es un barrio como tantos otros donde los niños crecen en la escuela de la violencia, muchas veces sin los padres, y allí llegamos y construimos la escuela de la paz, para enseñarles a estos niños no solamente cosas de la escuela: las matemáticas, el lenguaje, etcétera, sino, sobre todo, a ser hombres y mujeres de paz.

También ayudamos a nuestros amigos, insisto en la palabra “amigos”. No es una formalidad, no es una forma de decir, es una realidad. Nosotros, a los pobres (me estoy refiriendo a los amigos de la calle, personas que duermen por la calle) cada semana en Madrid, por ejemplo, les damos unas 1.200 cenas. Porque los pobres no son sólo cuerpos que haya que vestir, estómagos que haya que rellenar, son personas con una dignidad y son personas que no sólo reciben, sino que tienen mucho que darnos. Podría contar tantas historias...

Ainhoa Uribe Otalora - Cuéntanos alguna anécdota.

Tiscar Espigares Pinilla - No, son muchas. Como dice el papa (en varias ocasiones lo ha dicho): “No se puede entender el evangelio si no estás cerca de los pobres”.

Recuerdo a un amigo de la calle; en esa época íbamos los miércoles a llevar la cena caliente, y los miércoles llevas la cena, hablas con ellos, cuando son los cumpleaños los celebras con la tarta, con las velas, se canta el “Cumpleaños Feliz” en medio de la noche (un espectáculo que también es bonito, porque la gente se para: “Oye, ¿qué estáis haciendo?” y explicas). Y me acuerdo de que ese hombre me dijo una noche: “La verdad, Tiscar, es que la Iglesia habla de los domingos de resurrección, pero para mí son los miércoles, porque es el día que os encuentro”. Entonces, verdaderamente, digo: “Qué catequesis”. Es verdad. Uno entiende qué significa de manera existencial la resurrección, que no es una cosa, creer en no sé qué cosa que conmigo no tiene nada que ver. La resurrección tiene que ser una experiencia personal y existencial.

AUO - Y cuando sopláis las velas de una tarta en la calle con una persona de la calle, la gente que pasa por allí, ¿cómo reacciona? ¿Se suma? ¿Os pregunta ¿Le canta el “Cumpleaños Feliz”?

TEP - Hay de todo. De hecho, hay gente que claro, es un poco llamativo, porque te encuentras un grupo humano de personas. Tú antes decías que si 16 hombres. Bueno, pues tú imagínate también encontrarte con un grupo de personas que duermen por la calle. En fin, no van vestidos, precisamente, para ir a una recepción al palacio de la Zarzuela, pero felices. Entonces, el “Cumpleaños Feliz”, las velas... hay gente que pregunta: “¿Y quiénes sois vosotros y qué estáis haciendo?”. Y hay gente que ha llegado a la comunidad. O sea, ahora ayuda a los pobres porque nos ha encontrado de esta manera.

AUO - Claro, porque sorprende, evidentemente.

TEP - No, son historias preciosas de gente que ha conseguido salir por completo de la calle. Esto no es fácil. La calle deteriora, deteriora muchísimo, pero hay historias preciosas de gente que ha conseguido salir por completo, recuperar su vida, su dignidad y, oye, son personas que están ayudando a otras que se encuentran como él o ella se encontraba hace unos años.

AUO - ¿Qué es lo más difícil en el día a día?

TEP - (Creo que aquí hay un problema, tú dirás lo que hay que hacer).

Bueno, lo más difícil en el día es que cada día es diferente, cada día tiene su reto. Yo diría que el gran desafío para cualquier cristiano hoy es el de no perder la esperanza, el de no amoldarse en ese sentido al mundo, el de no ceder a la resignación. Cuando pensaba un poco en qué comentar en este Congreso, que se titula, además, *Soy cristiano. Hechos y propuestas*, estaba pensando en este último año para la comunidad en el mundo a nivel internacional. Por ejemplo, el tema de los refugiados. Yo pienso que hoy en día es uno de los desafíos más grandes a los que se enfrenta la humanidad, ya no solamente Europa. No es posible que nos acostumbremos a desayunar, a comer, a cenar viendo imágenes en televisión de gente que pierde la vida en el mar, niños como Aylan, que llegan a las costas, a la playa. Para nosotros ha sido un revulsivo muy grande y nos planteamos qué se puede hacer. Parece un problema demasiado grande como para que se lo plantee un colectivo humano que poderosos no somos; somos, simplemente, cristianos que quieren vivir su fe a la altura de los tiempos.

Como decía Jesús, antes has dicho, cosas que me parecen extraordinarias, pero es que Jesús ha dicho que el que tenga fe, como un grano de mostaza, le puede decir a una montaña que se vaya y que se mueva a otro sitio, y eso parece imposible, pero basta una fe así. Este año, por ejemplo, ha sido un gran reto el hecho de los corredores humanitarios. No sé si habéis oído o no hablar de esto. Ha sido responder de una manera profética al problema de no

aceptar que estas personas tengan que hacer un salto mortal, jugarse la vida en el mar... Son más de 3.000 personas este año las que han muerto sólo en lo que va de 2016. ¿Qué se puede hacer? Entonces, se concibió, estudiando un poco el derecho comunitario, que existía la fórmula del visado humanitario; se hizo un acuerdo con el gobierno italiano y eso es una cosa muy bonita, porque ha sido un acuerdo ecuménico, porque participa la Comunidad San Egidio junto con la Federación de las Iglesias Evangélicas y la Mesa Valdense que, juntas, han firmado un protocolo de acuerdo con el gobierno italiano y, en dos años, van a poder llegar 2.000 personas a Italia de manera segura. Ya van casi quinientas. De manera segura significa que vienen desde el otro lado del Mediterráneo, vienen desde Líbano, de los campos de refugiados, Marruecos y Etiopía, y vienen en un avión. No se tienen que jugar la vida en el mar.

Ha sido un trabajo de estudiar, de hablar, de convencer, de rezar, de insistir, es un proyecto que, para mí, sobre todo, tiene la fuerza de una visión; que no hay nada imposible, que siempre se puede responder, que incluso hasta los mayores desafíos a los que se enfrenta la humanidad, los cristianos, junto con hombres y mujeres de buena voluntad, podemos hacer mucho y cambiar la historia. Así empezó la comunidad, con la idea de cambiar el mundo de la mano del evangelio.

AJO - Claro.

Has mencionado el caso de Italia. El problema es que Italia se está convirtiendo en un Estado tapón, como está sucediendo en Grecia, al que no estamos ayudando y, de hecho, España no está cumpliendo con el compromiso que tiene de traer 1.300 refugiados; a duras penas hemos llegado a trescientos y nos hemos quedado ahí. Pero también has mencionado el tema de los medios de comunicación, de que nos hemos acostumbrado a ver niños y, de hecho, hay algunos estudios que dicen que cuando uno ve un producto por primera vez, un anuncio publicitario que le vende un coche o un niño, por ejemplo, muriéndose en las aguas, la primera vez tiene una idea de lo que está pasando. La segunda, digamos que tiene como una opinión y a la tercera ya se acostumbra. Entonces, cuando se acostumbra, puede ser que desee ese producto tanto que corra como un loco al concesionario BMW a saber cuánto cuesta el coche o que corra como un loco a una ONG para prestar ayuda o bien que, bueno, se acostumbre. Y, en general, la mayor parte de las personas, a la tercera vez que vemos el producto, nos acostumbramos y entonces hace falta que sea algo muy llamativo, como el caso de ese niño, para que se produzca una ola de solidaridad. Pero una vez los focos mediáticos desaparecen, porque, de hecho, en televisión ya no

vemos el drama diario que sigue produciéndose, una vez que desaparece el foco mediático ya desaparece de nuestra agenda ciudadana. Con lo cual, es muy interesante que siempre haya voces que nos vayan recordando esto porque, al final, la agenda ciudadana es la agenda mediática y, si los medios no cubren, no están ahí.